

Sofnemos con todos los sueños,
con los elfos de barbas de plata,
con la esfinge de barba pulida,
con Jehovah y el tesoro de su arca!

Sobre cada misterio pongamos
a la Diosa Athenea con sus armas...
Coronemos lo arcano con rosas,
como hacía con sus canas
el viejo Anacreonte, siempre
que hubo vino espumante en sus ánforas!
Vivamos las nobles empresas,
son nuestras las naves de Argos!
El amor y la gloria, el destino y el alma,
todo es real, pues son mozos los años,
¡ríe la fuente de aguas doradas!

¿Qué bridón nos resiste la espuela?
¿Qué ciclón nos abate las alas?
La gloria nos mira a los ojos,
los ojos de firmes miradas:
¡la gloria es como una
muchacha que está enamorada!

El amor es el gesto seguro y tranquilo
con que en la obra las manos afanan:
es el ritmo que agita la sangre,
es el alma que vive encantada!

Vivamos las nobles empresas;
digamos sagradas palabras
en loa de la vida; digamos
cómo es bueno el frescor de las aguas,
la miel de la abeja,
la brisa mojada!
La alegría de sentirse en la vida
con el alma de Adán, inviolada,
la alegría de vencer en la selva,
la alegría de la vida pagana!

Trenzemos las danzas, alegres
en torno a las mudas estatuas de mármol,
porque es fervorosa la sangre
que en nuestras venas, golpea, cálida!

CARLOS LUIS SÁENZ

Abril 20, 1924.

deduce tal cosa, ni es de creer que en aquel país y en aquel tiempo el fariseo de Tarso fuese caballero. Y mucho menos el apóstol Santiago. Ni su divino Maestro les enseñó caballería. Pues cuando El, Cristo, entró en Jerusalén en triunfo lo hizo no montado en un soberbio corcel, en un caballo de guerra, sino en un humilde borriquillo (Mat. XXI, 2-5), para que se cumpliera la profecía del profeta Zacarías (IX, 9) de que el Salvador entraría en Sión montando humildemente en un borriquillo, hijo de burra. Y así no corresponde a la genuina simbólica cristiana representar a un Apóstol montando a caballo y esgrimiendo una espada. Que el Maestro le dijo a San Pedro (Juan, XVIII, 11): «En vaina la espada!» Y dijo también (Mat. XXVI, 52) que «todos los que cojan espada a espada perecerán».

El noble Infante Don Juan Manuel, nieto de San Fernando, sabía distinguir entre lo humano, entre lo animal humano, y lo divino, lo espiritual divino; sabía dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, y que el ir a quitar tierras a los moros podrá ser empresa cesariana, política, pero no puede ni debe ser empresa divina, religiosa. El noble Infante Don Juan Manuel, cristiano y español, sabía que la idealidad caballeresca que produjo las Cruzadas no era una espiritualidad genuinamente cristiana; sabía que en el fondo respondía a una concepción política pagana, a una religión de Estado. Y sabía que el cristianismo está por encima de las patrias.

Valga esto para los que han fingido escandalizarse de que digamos que el símbolo de un apóstol del Cristo montado a caballo y alanceando moros—u otros hombres cualesquiera—no es un símbolo cristiano, sino pagano. Y que hayamos dicho—y lo repetimos—que hacerle decir a la Virgen del Pilar que no quiere ser francesa es otra enormidad anticristiana. Con el mismo sentido una Virgen de Flandes diría que no quiere ser española. La de Guadalupe, llegada a Méjico y hecha allí mejicana, era erigida contra los españoles por las huestes indígenas que seguían a los curas Hidalgo y Morelos.

No. El San Diego Matamoros de don Quijote es un símbolo caballeresco, o sea pagano, y no lo es cristiano. El símbolo cristiano es, digámoslo con toda reverencia, pollinesco. No a caballo; en pollino entró el Cristo a Jerusalén.

Y al César lo que es del César.

MIGUEL DE UNAMUNO.

(Nuevo Mundo, Madrid).

Otra vez Santiago

EN el capítulo XXX del *Libro de los Estados*—llamado también *Libro del Infante*—que en el primer tercio del siglo XIV escribió nuestro Infante Don Juan Manuel, nieto del rey San Fernando, después de contar-nos cómo «vino un falso ome que avía nombre Mahomat et predicó en Arabia» y cómo sus secuaces, los mahometanos se apoderaron de muchas tierras y las tenían entonces, tierras de las que eran de cristianos, «que fueron convertidos por los apóstoles a la fe de Jesucristo», añade: «Et por esto á guerra entre los cristianos et los moros, et avrá fasta que ayan cobrado los cristianos las tierras que los moros les tienen forzadas; ca quanto por la lei nin por la secta que ellos tienen, non avrían guerra entre ellos; ca Jesucristo nunca mandó que matassen nin apremiassen a ninguno porque tomase la su lei, ca él no quiere servicio forzado sinon el que se faze de buen talante et de grado».

En estas cristianas palabras del Infante castellano vemos cuán lejos se estaba en la España culta y civilizada—pues a ella pertenecía el nieto de San Fernando—de principios del siglo XIV, en los albores del Renacimiento, cuán lejos de aquella bárbara superstición pagana—o caballeresca, que es lo mismo—que produjo la leyenda de la fabulosa batalla del Clavijo, supuesta en tiempo del Rey Don Ramiro, en 844, o sea más de cinco siglos antes que escribía el noble Infante, aquella fabulosa batalla en que se dijo haber aparecido a caballo, a matar moros, el apóstol Santiago—San Jacobo—el Mayor, Santiago Matamoros.

El seso y el corazón, cristianos, civiles y españoles, del nieto de San

Fernando habían superado a la caballeresca, esto es, bárbara mentalidad de las Cruzadas que en el siglo XII fomentó el ideal caballeresco. Con razón enseñaba Leopoldo de Ranke, el gran historiador, que las Cruzadas fueron en su principio una empresa más católica—entiéndase romana—y papal que cristiana y civil y que la toma de Jerusalén fué un acto políticoeclesiástico y no cristiano. Porque el Cristo no enseñó que se tomase nada, ni su sepulcro, por la espada ni que se tratase de convertir a los infieles a cristianismo limpio. El Cristo de las Batallas—hay aquí, en Salamanca, uno, que dicen que llevaba en sus campañas el Cid, aquel guerrillero faccioso que recorría tierras de moros «al sabor del prender» y «de las grandes ganancias»—, el Cristo de las Batallas es una advocación todo lo caballeresca que se quiera, pero muy poco cristiana.

Aunque Don Quijote creyese que San Jorge, San Martín, San Diego Matamoros y San Pablo, apóstoles estos dos últimos, fueron caballeros y como tales «pelearon a lo divino» es lo cierto que andaba más cerca de la verdad cristiana el nieto de San Fernando al pensar que Jesucristo nunca mandó que se matase ni apremiase a nadie. Ni que se le fuese a quitar tierras suyas, que es muy otra cosa que recobrar las que nos hubiesen quitado. Y ni en esto se metió el que dijo que su reino no era de este mundo y huyó al monte cuando las turbas quisieron hacerle rey.

Aunque Don Quijote creyese que Saulo, luego San Pablo, iba a caballo cuando le ocurrió el suceso de su conversión camino de Damasco, lo cierto es que del relato de los *Hechos de los Apóstoles* (en su capítulo IX) no se